

Biblioteca-Films

TONY

Núm. 48

25

cénts.



**TOM
MIX**



BLYSTONE G. John

Año II

Núm. 48

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:
Urgel, 40, 2.º, 2.ª

Teléfono 3028-A
BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA MILITAR

Oh, You Tony!, 1924

TONY

(Malacara)

fotodrama representado por **Tom Mix**, el famosísimo cow-boy, en colaboración de su caballo

Exclusiva **Hispano-Foxfilm, S. A. E.**
Valencia, 233-Barcelona

Jim Perris **TOM MIX**

I

—¿Quién es el valiente que tales desplantes se permite?—pregunta Oliver Jordán, el rancho más pudiente del Valle de las Aguilas,

situado en las agrestes soledades de la América del Norte, al pie de ventisqueros de eternas nieves.

—¡Servidor!—contesta uno de los cow-boys que parecía forastero—. Y apuesto lo que quieran apostar a que yo domo ese potro sin ni siquiera tocarlo.

—O tocándole guajiras con el guitarro—observa con guasa el dueño de la pulquería donde transcurre esta acción.

—O haciéndole cosquillas bajo el rabo—añade uno de los pastores apurando un jarro de chicha, mientras los demás acogen la salida con una risotada burlona.

—Mi apuesta no ha sido contestada y la sostengo; en vez de contestar con burlas, ¿quién es el guapo que recoge mi apuesta?

—Este hombre está loco—contesta Oliver Jordán—. El potro en cuestión, amigo mío, tiene más alma que todos nosotros juntos. Todos los cow-boys de muchas leguas a la redonda han querido domarlo y nadie lo ha podido lograr. Diez veces le han cazado y otras tantas ha logrado la libertad. Es el potro más indómito de todo el valle. Con la particularidad de que se ha constituido en jefe y guía de las manadas caballares salvajes de Las Águilas. Con que... ahora que sabe el mozo fanfarrón con quien se las tiene que haber, dígame si mantiene su apuesta.

—Digo y sostengo que apuesto lo que quieran apostar a que yo solo domo el potro en cuestión sin latiguelarlo, ni maltratarlo como hacen algunos cobardes.



TOM MIX

Oliver Jordán, al oír el epíteto del cow-boy sacó su pistola y le descerrajó un tiro casi a quemarropa, pero como estaba bebido, la bala pasó bastante lejos del pastor forastero, quien con gran tranquilidad contestó, adelantándose a Jordán:

—Si es usted tan valiente apuéstese algo y no use esos juguetes a su edad.

—Yo apuesto mi hija Mariana contra la cabeza de este fanfarrón.

—¡Acepto!—contestó el cow-boy forastero, levantando el jarro que tenía delante.

—¡Su hija!—exclamó el pulquero extrañado.

—Sí, mi hija Mariana que llegará uno de estos días de Chicago. Si este forastero doma el potro, como dice, sin latiguarle, le entrego mi hija, que es la niña más bonita de todo el valle; pero si pierde la apuesta, me debe su pescuezo.

—Y aún prometo más: en el próximo rodeo yo montaré a ese potro indómito y ganaré en las carreras.

Todos los presentes comentaban la singular apuesta, admirando la tranquilidad del joven vaquero que se comprometía a domar el potro más indómito que, en estado salvaje, gozaba de la libertad en las agrestes soledades de los gigantes ventisqueros que forman el Valle de las Águilas, y en cuya captura habían fracasado los más hábiles pastores y cow-boys de la región. El joven vaquero, llamado Jim Perris, venía del poblado de Utah en donde había oído hablar del famoso potro indómito que to-

dos conocían ya, y que nadie había podido domar. Todos los presentes salieron de la pulquería comentando el suceso.

II

Aquella misma tarde, Jim Perris, armado con su carabina Winchester, y caballero en su corcel, se avanzó hasta internarse en las inmensas sabanas en donde pacen, en estado salvaje, grandes manadas de caballos y yeguas. Se apostó tras unos peñascales y observó. No tardó en apercibir en el horizonte un verdadero rebaño de caballos, los cuales, veloces como el viento, llegaban hacia el lugar donde él observaba. Se escondió Jim Perris. Al llegar el rebaño frente al peñascal donde se ocultaba el vaquero, un potro que galopaba delante de los demás, como jefe o guía de la manada, relinchó, volvió la cabeza y todos los caballos y yeguas se pararon, quedándose a pacer cerca de donde se ocultaba el cow-boy. No había duda que el potro que parecía jefe del rebaño, era el famoso indomable; fino, de luciente pelo color castaño y con una mancha blanca en el morro: tales eran las señas que a Jim Perris le habían dado del misterioso y rebelde solípedo. Ahora lo tenía a distancia de lazo; pero su montura la tenía amarrada detrás del peñascal y no le era posi-

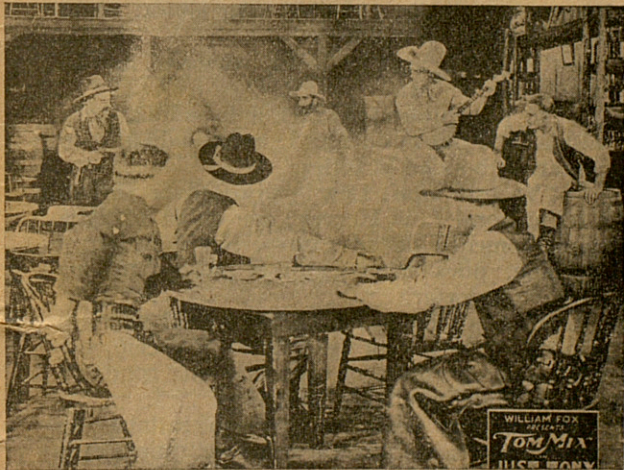
ble correrlo. Observó el inquieto potro y, como buen caballista, comprendió que se trataba de un magnífico *pur sang* nerviosísimo y difícil de cazar. Arrastróse hasta llegar a su montura, la desató y de un brinco montó a caballo y se lanzó hacia donde pacía el ejemplar codiciado. Pero apenas espoleó al suyo, todos los caballos salvajes reuniéronse al oír el relincho del potro que se puso de nuevo a la cabeza, y en pelotón, huyeron al galope por aquella inmensa llanura, perseguidos en su vertiginosa carrera, por el valiente cow-boy. El caballo de Jim Perris bebía los vientos y dejó tras sí varios de los caballos del rebaño, persiguiendo inútilmente al indómito potro cuya posesión anhelaba el vaquero. Y cuanto más corría el bruto de Jim Perris, más distancia le separaba de aquél; con lo cual no podía el cow-boy echarle el lazo. Bien podía disparar su rifle para herir a su presa; pero se exponía a inutilizar el hermoso ejemplar y... ¡corría!... ¡corría tras él!

III

Oliver Jordán había comprado un rancho escondido entre las elevadísimas montañas de Nevada, en el Valle de las Aguilas. Por aquel tiempo la hija única del rico ranchero, de edad de diez y siete años, terminados sus estudios

en Chicago, volvía a su casa, con gran alegría de su padre, quien no la había visto hacía cinco.

Todo son ¡reparativos en el rancho de Jor-



Oliver Jordan, al oír el epíteto del cow-boy desfundó su pistola y le descerrajó un tiro... (pág. 4)

dán con el fin de recibir a su querida Mariana.

Al caer de la tarde de aquel día, cuando el sol, antes de desaparecer tras las colinas nevadas en sus cumbres, iluminaba la campiña con fulgores rojizos, los habitantes del rancho percibieron el cascabeleo y el pezuñar de las

caballerías que arrastraban el coche propiedad de Oliver Jordán.

—¡Ya está aquí!—gritaban alegres los colonos.

Y dejaban los aperos de labranza y sus quehaceres para salir a recibir a su amita, como ellos llamaban a Mariana.

—¡Ya está aquí!—decían gozosas la dos criadas de la casa.

Y se precipitaron alegres a la salida, para saludar a la nueva dueña, de quien habían oído contar su bondad y belleza.

—¡Ya está aquí, Lew!—dijo Oliver Jordán a su mayoral Lew Hervey, con quien hablaba en el comedor de su casa—. Sal a recibir a Mariana, pues estas malditas piernas no me quieren soportar.

Cuando los mozos, las criadas y el mayoral estaban en la puerta del rancho, apareció, entre nubes de polvo, el cochecito que conducía a la hija del pudiente rancho.

Un minuto después, Mariana saltaba del coche y corría a abrazar a su padre, quien, apoyado en dos muletas, había salido a la puerta del rancho.

—¡Padre!

—¡Hija mía!

Estas cordiales exclamaciones fueron acompañadas de un efusivo abrazo.

—¡Qué hermosa estás, Mariana!

—Papá ¿qué te pasa que no has podido venir a recibirme?

—¿No me ves?... Estas piernas me tienen convertido en un inválido.

—Pero ¿qué te ha pasado?

—El reuma, hija mía, el reuma maldito me ha hecho envejecer de diez años... Pero entra, que charlaremos un rato.

—Sí, sí, que tú no te puedes aguantar derecho. Apóyate en mi brazo... Oye, papá, ¿sabes que todas las caras me son desconocidas? Excepto a Olsen no conozco a nadie.

—En efecto, en estos cinco años que tú faltas del Valle, Lew Hervey ha cambiado a todos los mozos y a toda la servidumbre.

—¿Quién es Lew Hervey?

—Nuestro mayordomo... Luego te lo presentaré.

—¿Tanta confianza tienes en él?

—Tanta y... más aún. Es un amigo mío que me lleva muy bien los negocios; tan bien que ya hace tiempo que no me ocupo de ellos.

—Mal hecho, papá; ya sabes que el ojo del amo...

—Sí, ya comprendo; ahora estando tú aquí esto ya variará; tú vas a ser el ama y dueña de todo esto.

—Y te advierto que estando yo al frente del rancho, querré mandar. No quiero que haya más ama que yo; de modo que ese Lew Hervey que hasta ahora ha sido una especie de señor, será un mandatario mío...

—Sí, hija, sí; aquí todos te llaman ya la amita.

—Supongo, papá, que tu mayordomo no habrá despachado a tus antiguos servidores sin tu anuencia.

—Claro, Lew los despachaba y luego cuan-

do admitía a uno nuevo me lo presentaba y... ¡listos!... Sí, sí, con mi anuencia.

—Pues eso no. Tu mayordomo, o mejor dicho, nuestro mayordomo, no debe gobernar nuestra casa; porque entonces resultará que nosotros llegaremos a ser sus servidores. Empezará imponiendo su voluntad en los de abajo y terminará gobernando hasta a sus amos.

—Bien, bien, Mariana, ahora tú vas a ser la dueña y harás como te plazca.

—¡Pobre madre mía!... Si ella levantara la cabeza y viera que aquellos viejos servidores—que tanto trabajaron para levantar nuestro rancho, cuando lo teníamos en el Oeste del Valle—ya no comen nuestro pan, se moriría de pena.

—Bueno, hija mía, tú comprenderás que si se les despachó por algo sería.

—¡A todos!... ¿Son mejores los que tenemos ahora?

—Francamente, no me ocupo de ellos.

—Bien, ya me ocuparé yo... Di, papá, en una de tus cartas me decías que los pastores habían echado el ojo en un potro salvaje muy hermoso, y que habías dado orden de cazarlo y domarlo para mí; ¿lo han cazado ya?

—Varias veces lo han cazado y otras tantas se ha escapado.

—¿Tan salvaje es?

—¡Y más!... Con decirte que han venido cow-boys hasta de México y ninguno le ha podido domar, ya está dicho todo... Todos le hemos visto, lo hemos tocado; pero todo ha sido inútil: ese potro es indomable.

—¡Es extraordinario!

—¡Y tanto!... Parece que tiene alas. Yo quería ofrecértelo y hasta había ofrecido algunos centenares de pesos a quien lo domase.

—Me gustará verlo.

—¡Ah!... Es precioso. Su pelo castaño es finísimo como el de la nutria y no tiene más que una mancha blanca en la frente hasta el morro; sus crines son relucientes como la seda.

—¡Cuánto me gustaría poseer ese hermoso ejemplar!

—Pues si no te lo pintas... Mira, aquí llega Lew Hervey... Entra, Lew... ¿No conocías a Mariana?

—No tenía el gusto... ¿Cómo está usted, señorita?

—Muy bien, gracias... Dentro de un momento quiero que usted me acompañe a ver las cuadras... ¿Tenemos buenos ejemplares de potros?

—Tengo preparado uno para la señorita, que es precioso.

—Y de yeguas ¿cómo andamos?

—Las dos mejores que teníamos nos las han robado.

—¡Claro! ¡Como usted cambia el personal del rancho con tanta frecuencia!... Cuando teníamos los antiguos criados nunca nos faltaron animales.

—Lo creo; por eso los depaché.

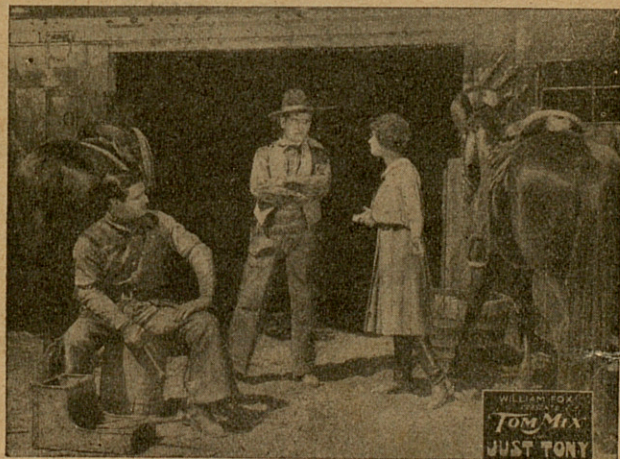
—No comprendo, señor Lew.

—Sobraban animales y faltaban brazos.

—Nuestros antiguos mozos y vaqueros eran trabajadores y honrados.

—Pues a mí me pareció que no lo eran bastante y los despaché.

—Supongo que sería papá el que los despachó.



— Que pasa? (pág. 25)

—Su señor padre depositó en mí su fianza.

—Pues desde hoy, señor Hervey, no quiero que disponga de los asuntos de nuestro rancho sin contar conmigo.

—Ya lo ves, Lew—indicó riendo el señor Jordán—, mi hija viene dispuesta a trabajar.

—Lo celebro, señor Jordán... Pero una señorita...

—Una señorita debe ocuparse de los asuntos de su casa, y al poner los pies en ella, he visto entre los mozos caras de muy mala catadura.

—¡Señorita!...

—Y no me extraña que desaparezcan las yeguas de nuestros corrales.

—Bueno, basta, Mariana. No podemos acusar a nadie sin pruebas... Si quieres ir con Lew a visitar las cuadras, aprovecha antes de que oscurezca.

Momentos después, Mariana, acompañada de Lew Hervey, fué a visitar las cuadras y las demás dependencias del rancho, enterándose de la marcha y funcionamiento de todas las dependencias de la casa; notando con sorpresa que su padre tenía el negocio completamente en manos de un vividor, quien, so capa de amistad, estaba llevando a la ruina a su amo, el señor Oliver Jordán.

IV

Lo riguroso del invierno ha sido causa de que Oliver Jordán perdiese muchos de sus mejores caballos, los que ha substituído, al llegar la primavera, con potros salvajes. Y entre los potros cazados a lazo por los pastores de Jor-

dán, está el hermoso ejemplar que vimos como rey de la manada en las inmensas sabanas del Valle de las Aguilas. Este potro indómito está encerrado en un cercado formado con troncos de árboles al lado mismo del rancho y su domadura ha sido confiada a Fred, uno de los caballistas más brutos del rancho, quien ha puesto al potro el nombre de *Tony-Malacara*.

Amanecía cuando Mariana, al abrir la ventana de su cuarto, vió desde ella como Fred trataba de domar a «Tony-Malacara» a golpes, con inhumana brutalidad. Estremeciöse Mariana ante la saña innoble desplegada por el cruel caballista y ya se disponía a gritarle para que no martirizase de tal modo al potro, cuando apareció ante el cercado Jim Perris, quien gritó a Fred:

—¡Miserable!... Sea usted más noble con ese caballo.

—¿Noble?... ¡Que lo sea él conmigo!... ¿Por qué no se acerca usted a él?—Y prosiguió latigueándolo con furor.

—Sepa usted, amigo, que ese potro lo he cazado yo y lo he traído a este cercado del señor Oliver Jordán, porque tengo una apuesta pendiente con él.

—¡Toma, «Tony-Malacara», toma!—Y llovían sobre los lomos del potro una lluvia de palos.

Jim Perris saltó de un brinco la valla, agarró a Fred por el pescuezo y lo arrojó fuera del cercado. Luego se acercó a «Tony-Malacara» y le acarició el hocico, caricias que el bruto recibió con muestras de agradecimiento.

Mariana había contemplado, desde su ventana, la acción del joven cow-boy y tosió para llamarle la atención. Jim Perris, al verla, saludóla descubriéndose gentilmente. La joven, sonriente, apoyada en el alféizar de la ventana, devolvió el saludo con una inclinación de cabeza y díjole:

—¡Muy bien, joven, así se hace!

—Estos animalitos, señorita, son como las personas: cuantos más palos más tercos.

—Tiene usted razón, joven; hasta los animales entienden mejor por las buenas que por las malas.

—Es cierto el proverbio: más moscas se cogen con una cucharada de miel que con un barril de vinagre.

—¡Cierto, cierto!... ¿Y qué le parece ese potro?

—Es el más hermoso ejemplar que haya visto en mi vida.

—¿Es muy indómito?

—No, señorita; los caballos son lo que quiere el domador que sean. A los potros como a los niños, hay que estudiarles el carácter para educarlos. Este es un potro que se le doma sin látigo; los golpes son contraproducentes.

—Parece que el potro comprende sus palabras... ¡Cómo le mira!...

Jim Perris se despidió de Mariana y fuése.

V

El *rodeo* es la fiesta más característica de los ranchos americanos, durante la cual, los vaqueros, cow-boys y caballistas lucen su valor y su destreza.

Es como una inmensa feria donde se exhiben los mejores ejemplares del ganado caballar y vacuno y donde se hacen transacciones importantes.

En una inmensa llanura y formando círculo, colócanse los vaqueros y rancheros con los ejemplares que quieren vender, los caballistas concurren con los potros que han domado y los montan en competencia en una carrera o concurso en que al ganador se le otorgan premios importantes y valoran sus ejemplares en grandes cantidades.

Mariana se dirige en su coche al lugar donde va a tener lugar el *rodeo*, pues se propone adquirir cuatro yeguas de las que van a tomar parte en las carreras. Fred, caballista del rancho Oliver Jordán, debe presentar, en el *rodeo*, el potro «Tony-Malacara» con el fin de ganar a las únicas cuatro yeguas que van a concurrir a las carreras. Si las yeguas pierden la carrera bajarán de precio y facilitarán la adquisición que de ellas quiere hacer Mariana. Pero si «Tony-Malacara» pierde, se pujará el

precio de las yeguas y dificultará su adquisición a la hermosa joven.

Al llegar Mariana al lugar donde va a tener lugar el *rodeo*, se le acerca Lew Hervey.

—Señorita Mariana, creo que el potro «Tony-Malacara» que va a correr Fred, es aún demasiado indómito para ganar a las yeguas que se presentan en la carrera.

—Pero Fred me ha dicho que «Tony-Malacara» puede ganar—respondió Mariana.

—Puede; pero no ganará.

—¿Por qué?

—Pues ya se lo digo, porque no está domado. Tanto es así que el mismo Fred que lo ha de correr ha apostado contra su propio caballo.

—¡Qué desgracia!... ¿Y no se encontraría un jinete que lo quisiese montar?

—Todos tienen un miedo cerval a ese maldito potro.

—Pues yo conozco un joven que no lo teme... ¡Qué lástima que no esté aquí!...

—Yo también conozco otro que apostó su vida con su padre de usted de que le correría; pero se ve que era un fanfarrón y habrá huído.

En aquel momento un jinete llegaba a todo correr. Mariana, al verle, exclamó señalándole:

—¡Ese es!

—¡Ese es!—clamó, a su vez, Lew Hervey.

El jinete, que no era otro que Jim Perris, acercóse a un grupo de vaqueros que comentaban el miedo de Fred al tener que correr con «Tony».

—Fred tiene pánico del potro y con razón—

decía uno—, porque «Malacara» es indómito y capaz de hacerle una trastada.

—¡Eso es cobardía!—añadía otro—. ¡Miedo y... nada más!

—Pues Fred—observaba un tercero—ha hecho el doble juego; porque convencido de que ha de perder la carrera con el potro de marras, ha apostado a favor de la yegua «Guapa», que es la más veloz de las cuatro que se presentan.

—¡Es el colmo!... ¡Apostar contra su propio caballo!

—Las apuestas se hacen a favor de las cuatro yeguas; casi nadie apuesta por el potro de Oliver Jordán.

—¡Pero si dicen que es tan veloz!

—Velocísimo; pero no estando domado no hay nadie que lo pueda guiar.

—¿Y aquel cow-boy de la apuesta de la pulquería?

—¿El que apostó con Oliver Jordán?

—Sí; pero ese ya no volverá...

—¡Ya estoy aquí!—exclamó Jim Perris—. Yo correré con «Malacara».

Y el cow-boy fué hacia donde estaban preparados los caballos que debían empezar la carrera. Nadie había querido montar el potro indómito, y Oliver Jordán había obligado a Fred a correrlo; pero al presentarse Jim Perris donde estaba Jordán, le dijo:

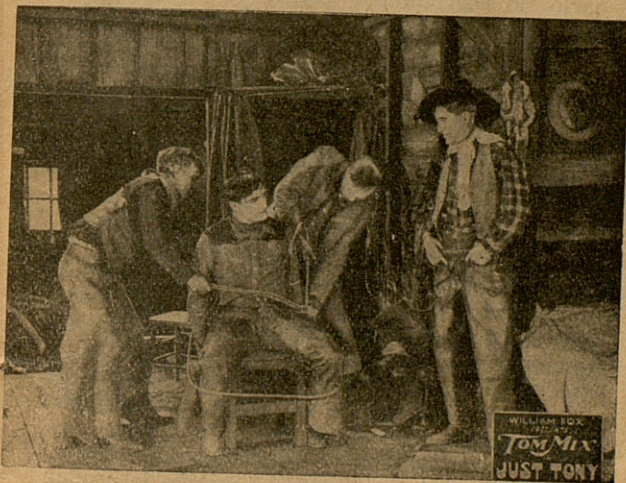
—¿Me recuerda usted?

—Sí; esperaba que usted viniese para correr con mi potro.

—A ello vengo.

—Fred—gritó Oliver Jordán—, deja que este guapo mozo corra con «Tony».

Desmontó Fred y Jim montó en el potro después de haberlo acariciado.



... y le obligaron a sentarse amarrándole a una silla (pág. 28).

—¡Ganaremos! ¿eh?—dijo Jim Perris alargándose al cuello del indómito potro.

Fred, por su parte, quiso correr con la yegua por la que había apostado. Un minuto después una campana daba la señal de prepararse los corredores, quienes se situaron en la línea de salida.

Un segundo toque y los brutos partieron. «Tony-Malacara» se encabritó mientras las cuatro yeguas corrían al trote diabólico. El jinete del potro, en vez de espolearlo y fustigarlo, lo acarició con cariño y le animó con un grito salvaje; entonces «Tony» partió como una exhalación. Después de la primera vuelta «Tony-Malacara» ya había alcanzado a las cuatro yeguas. Antes de terminarse la segunda, Fred, montando la yegua «Guapa», y Jim Perris, caballero en «Tony», iban juntos a la cabeza de los corredores. Entonces Fred sacó su cuchillo de monte y ladeándose sobre su yegua cortó las riendas del potro montado por Jim Perris, quien, para no caer, tuvo que agarrarse a las crines. El tiempo que perdiera Fred para hacer aquella operación, lo aprovechó el cow-boy para lanzar su potro animándole con un grito en el preciso momento en que pasaba frente al lugar donde Mariana, de pie en el pescante de su coche, contemplaba las carreras.

—¡Animo, «Tony»!—gritó Mariana.

—¡«Tony»!... ¡«Tony»!—gritaba la inmensa multitud.

En aquel momento, ante la estupefacción de todos, Jim Perris iba francamente a la cabeza de los corredores y eso que corría sin riendas. Un momento después un griterío inmenso hendía los espacios:

—¡¡Hurra!!... ¡¡Hurra a «Tony»!!...

Jim Perris había ganado la carrera con un potro indómito. Las cuatro yeguas habían dis-

minuído de valor y Mariana las pudo adquirir a un precio ventajoso.

Cuando momentos después Jim Perris llegó a la pulquería cercana al lugar donde habíase verificado el *rodeo*, un muchacho preguntaba por él.

—¿El cow-boy que ha ganado hoy la carrera?

—Yo soy. ¿Qué quieres?

—Una carta para usted.

Abrióla el vaquero. Decía así:

Señor: Deseo hablar con usted. Venga a verme al Hotel, a las cinco. — Mariana Jordán.

—¡Está bien!... Di a esa señora que a las cinco en punto estaré en el Hotel.

Y, en efecto, a la hora indicada Jim Perris llegó al Hotel donde le esperaba Mariana.

—¿Doña Mariana Jordán?

—Está en su habitación. ¿Es usted el que ha ganado la carrera?

—El mismo.

—Pues la señorita Mariana Jordán nos ha dicho que le espera en su habitación.

El joven vaquero subió apresuradamente la escalera guiado por un empleado de la casa y llamó a la puerta de la habitación de Mariana.

—¡Adelante!—dijo una voz argentina.

Pasó Jim Perris y hallóse frente a la misma joven que días antes había visto en la ventana del rancho de Oliver Jordán.

—¿La señorita Mariana Jordán?

—¡Servidora!... ¿Cómo está usted?—preguntó Mariana tendiendo su linda mano al recién llegado.

—¡Muy bien, gracias!... Usted dirá.

—Me he permitido llamarle, primero para felicitarle por su arrojo y valentía.

—No tiene importancia... ¿Y después?

—He comprado en el rodeo de hoy cuatro yeguas y quería que usted se encargara de llevármelas al rancho.

—¿Para eso me ha llamado, señorita?

—Deseaba vivamente tener esta entrevista con usted para ofrecerle el empleo de mayoral del rancho. Pues el que ahora tenemos es amigo de mi padre desde hace años; pero no sé... últimamente he llegado a desconfiar de él.

—Lo siento, señorita; tengo que llevar a cabo dos tareas antes de comprometerme a ninguna otra...

—Usted dirá.

—Una es comprar, tomar prestado o robar ese potro que hoy he montado en las carreras.

—¿«Tony»?

—«Tony-Malacara».

—¡Pero si es mío!

—Pues yo quiero que sea mío.

—¿Y por eso no acepta usted ser el mayoral de mi rancho?

—Por eso, y además porque antes de quedarme en estas tierras quiero entenderme con un caballero que me saludó, hace algún tiempo, en la pulquería de su poblado de usted con una salva...

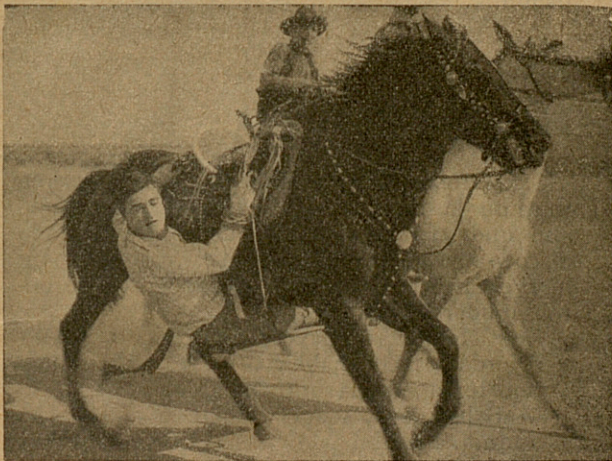
—¿Con un disparo?

—Con una bala del calibre de cuarenta y cinco.

—¿Le hirió?

—No; pero no fué por falta de ganas... Además a ese caballero le gané una apuesta que quiero cobrarle.

—Siento, señor... ¿cuál es su gracia?



...atáronle las muñecas a la silla de un caballo salvaje... (pág. 28)

—Jim Perris, señorita.

—Siento en el alma, señor Perris, verme privada de su colaboración; pues hubiese tenido una verdadera satisfacción en confiarle mis intereses.

—Quizás nos volvamos a ver, señorita.

—Tengo gran interés en ello, porque...

Mariana con sus hermoso ojos azules fijos en los del joven, iba a manifestarle el verdadero motivo de aquella cita; iba a decirle: *porque le amo*. Pero retúvose y tendió la mano al joven, que se disponía a salir de la habitación.

VI

Lew Hervey había visto con rabia y envidia durante la carrera del *rodeo*, el entusiasmo con que su ama había aplaudido y admirado al cow-boy de Utah, y juró escarmentarlo para ahuyentarlo del país, a cuyo propósito le debía ayudar Fred.

Lew Hervey, el mayoral del rancho de Oliver Jordán, fué a hablar con éste, sobre cuyo ánimo tenía mucha influencia.

—¿Sabe usted, señor Jordán, lo que me ha asegurado Fred?

—¿Qué te ha asegurado ese animal?

—Que el que roba los caballos de nuestras cuadras es el cow-boy de la apuesta de la pulquería.

—Por cierto que me la ganó y si no lo echáis del poblado tendré que darle mi hija.

—¿Usted me autoriza para despacharlo del valle?

—Sí, hombre, sí.

Fuése Lew Hervey y, antes de llegar al rancho, vió como Jim Perris estaba a la puerta

de la herrería herrando su caballo. El mayoral de Oliver Jordán dirigióse hacia él y le dijo sin más preámbulos:

—Amigo, hágame el favor de desaparecer del poblado, pues se le acusa de ladrón.

—¿Con qué autoridad me da usted esta orden?

—Con la autoridad que me concede la ley de meterle a usted preso por ladrón.

Jim Perris se sentó sonriente sobre un poyo y contestó sencillamente:

—Pruebe lo que usted asegura.

En aquel momento Mariana llegaba hacia la herrería montada a caballo. Al verla Hervey exclamó aún más fuerte:

—¿Es usted un ladrón!

Mariana apeóse y dirigiéndose a su mayoral le preguntó:

—¿Qué pasa?

—Nada—respondió aquél—, que este individuo debe desaparecer del poblado inmediatamente.

—¿Por qué motivo?

—Porque... porque lo manda su padre de usted, señorita.

—Pues yo le mando a usted que lo deje en paz.

—Muchas gracias—respondió Jim—, pero no necesito que me defienda. Yo solo me basto. No marcharé.

—¿No?—preguntó Hervey en tono de amenaza—. Pues ya tendrá tiempo de arrepentirse.

Y el mayoral marchóse. Mariana se acercó al cow-boy:

—Sé que usted se llama Jim Perris, que es usted de Utah...

—Pues me alegro mucho, señorita.

—Le he buscado a usted para pedirle un favor.

—Usted dirá.

—El potro «Tony» es indomable. Nadie puede con él, y vengo a pedirle por favor que se ocupe usted de domármelo.

—Ya pasaré por su rancho, señorita.

En efecto, aquella tarde fué Jim Perris al rancho de Mariana. Momentos antes, en el cercado, situado al lado mismo de la casa de Oliver, Fred latigueaba con toda su alma al indómito potro para vengarse de la carrera que le había hecho perder. El potro estaba atado por el cabezal a la empalizada; pero a un momento dado rompió la cuerda y arremetió a coces contra Fred dejándolo medio muerto, luego cogióle con los dientes por las calzoneras y lo arrastró por el suelo. Mientras arrastrándole estaba, llegó Jim Perris, quien saltó la valla del cercado y libró al desgraciado Fred de una muerte segura.

.....

Aquella tarde Jim Perris recibió, en el mesón donde se albergaba, esta carta de Mariana:

Muy señor mío: El potro que usted desea está dejando el rancho sin caballos. Acaba de robarme las cuatro yeguas que compré en el rodeo. Si logra apoderarse de ese animal, se lo



Mariana, cogida del brazo de Jim le preguntó con cariño:
—¿Se ha hecho V. daño? (pág. 29).

regalo y, además, le nombraré mayoral del rancho. — Mariana Jordán.

Disponíase Jim Perris a salir de su albergue para ir en busca del potro, para complacer a aquella singular mujer a quien amaba, cuando tres hombres y entre ellos Lew Hervey, se presentaron revólver en mano y le obligaron a sentarse amarrándole a una silla.

—No has querido marchar a las buenas— le dijo Lew Hervey—y ahora te vas a largar a las malas.

Sacáronlo maniatado, atáronle las muñecas a la silla de un caballo salvaje, bajo del cual habían suspendido una tabla sobre la que lo sentaron y así lo condujeron hasta las afueras del poblado y allí le abandonaron a la merced del bruto. Mas al verse así, Jim forcejeó y logró desasirse una mano y luego la otra y abandonó el caballo en el momento en que éste llegaba al lago.

La Providencia había guiado sus pasos, pues vió una manada de caballos salvajes a cuyo frente iba «Tony», los cuales se abrevaban en el lago. Cautelosamente fué hacia ellos y echó el lazo al potro al cual pudo cazar. Jim Perris montó en él; pero el potro se encabritaba de un modo terrible.

—No te asustes... Ya verás como vamos a ser los mejores camaradas del mundo... ¡Quietos!... ¡Que no voy a hacerte daño alguno!...

Pero el potro, sin hacer caso de estas palabras, se encabrita sobre sus patas traseras y da con el jinete en tierra, quien queda desmayado. El confuso recuerdo de la primera cari-

cia recibida de manos de aquel hombre, hace que en el instinto del noble bruto surja la gratitud. «Tony» se vuelve hacia el caído que permanecía desmayado, le lame la cara y luego relincha como pidiendo auxilio. En aquel momento Mariana con traje de varón, que pasaba cerca de allí a caballo, se acerca en el momento en que Jim se levantaba.

El cow-boy abrazó la cabeza del potro haciéndole caricias. Mariana, cogida al brazo de Jim, le pregunta con cariño:

—¿Se ha hecho usted daño?

—No ha sido nada. No me ha reconocido. Ya verá como ya no vuelve a hacerme otra vez esa trastada. Vamos, señorita, yo mismo le voy a llevar el potro al rancho.

Montaron Jim sobre «Tony» y Mariana sobre su caballo y volvieron al rancho de ella. Durante el camino Jim Perris contó a la joven la mala partida que Lew Hervey y dos hombres le habían jugado. Mariana juró despachar a su mayoral al llegar al rancho.

Cerca de él andaban cuando acertó a pasar Oliver Jordán.

—¡Ese es el hombre de mi apuesta!— exclamó Jim Perris señalando a Jordán.

—¿Ese?... Es mi padre.

—¡Su padre!... ¡Mi madre, alcancémosle!

Al hallarse frente a Oliver Jordán, Jim Perris apeóse y tras él Mariana.

—Amigo mío, ¿recuerda usted la apuesta de la pulquería? Supongo que la he ganado con creces... ¡Aquí tiene usted el potro de marras más manso que un caballo de cartón.

—Tiene usted razón—dijo Jordán—. ¡Aquí tiene usted mi hija, bien ganada la tiene!

—¡Por fin...!—clamó Mariana abriendo los brazos.

—¡Para toda la vida!—terminó la frase Jim Perris, estrechando a la hermosa joven entre los suyos, sellando sus labios rojos con un prolongado beso.

Días después en el rancho de Oliver Jordán se celebraron con grandes festejos los esponsales del intrépido cow-boy con la joven más hermosa del Valle.

Y bajo la dirección de Jim Perris el rancho de Oliver Jordán llegó a ser el más próspero de toda la comarca; y su casa se convirtió en nido de amores de la feliz pareja que vió de año en año aumentarse su caudal y su prole.

FIN

BIBLIOTECA FILMS

Es la deliciosa publicación,
preferida de los inteligentes

!!!AL FIN!!!

!!!AL FIN!!!

EXITO ROTUNDO

LO CONSEGUIRÁ

El número extraordinario que aparecerá el 10 de Febrero en nuestra SELECCION DE LOS MAS GRANDES FILMS

LOS DOS PILLETES

Según la célebre novela de **Pierre Decourcelle**

Novela emocionante y sentimental, cuyo asunto ha conmovido a toda una generación.

PROTAGONISTAS:

JEAN FOREST

Claudinet



LESLIE SHAW

Fanfan

secundados por los eminentes

YVETTE GUILBERT

MARJORIE HUME

GABRIEL SIGNORET

GARLYLE BLACKWELL

Postal: Las fotografías de los niños artistas, protagonistas de esta portentosa adaptación cinematográfica

Literatura selecta : : Artísticas fotografías

Sólo costará **50** céntimos

Los nuevos éxitos de la temporada

los ha editado también

BIBLIOTECA FILMS

"Título de la supremacía"

el ideal de los aficionados:

El Ladrón de Bagdad (2. ^a ed.).	por Douglas Fairbanks
Montmartre	por Pola Negri
El Caballero de la pesadilla	por Mosjoukine
KOENIGSMARK	por Jacques Catelain
El regreso de Cyclone Smith	por Eddie Polo
Dorothy Vernon (2. ^a edición)	por Mary Pickford
La ley de la Hospitalidad	por Pamplinas
¡Viva el Rey!	por Chiquilin
EN LAS RUINAS DE REIMS.	por Frank Mayo
Locuras de juventud	por Mary Carr
Historia de un доллар.	por Tom Moore
LA MUJER QUE SUPO RESISTIR	por Bárbara La Marr
¡Velarás por tu hijo!	por Andrés Rolane
El Botín de los Piratas	por Perla Blanca
Amor que vence al amor	por Betty Compson

EXITO CRECIENTE

de nuestra

SELECCIÓN de los **MÁS GRANDES FILMS**

KOENIGSMARK

La más sublime creación de
Jacques Catelain

En las Ruinas de Reims

por **Corinne Griffith**
y **Frank Mayo**

La Mujer que supo resistir

por **Bárbara La Marr**

Solo cuestan **50** cts. Literatura selecta

BIBLIOTECA FILMS

Es la deliciosa publicación
preferida de los inteligentes

SOLICITAMOS CORRESPONSALES

Aparece todos los martes en toda España

Imp. GARROFÉ : Villarroel, 12 y 14 : BARCELONA